

La Inquisición se inauguró en Zaragoza a sangre y fuego, y nunca esta frase ha podido aplicarse mejor que en aquella ocasión. Durante dos meses se sucedieron los autos de fe «con todos sus horrores», según las mismas palabras del ilustre Prescott, historiador de los Reyes Católicos; los aragoneses, desesperanzados de hallar justicia por los términos ordinarios, y ardiendo en ira por efecto de la violencia proverbial de su carácter, resolvieron intimidar a sus opresores con algún acto de cruel venganza, y se reunieron en conjuración con el objeto de asesinar a Pedro de Arbués, inquisidor mayor y el más terrible de todos.

La conspiración, urdida por la más alta nobleza, fué aceptada por muchos cristianos nuevos y personas de familias judaicas, y se hizo un escote por la suma de diez mil reales para los gastos necesarios a la ejecución del complot.

Pedro de Arbués conocía, sin embargo, hasta dónde llegaba el odio popular hacia él, y llevaba siempre bajo los hábitos una fuerte armadura, y

un casco bajo la capilla; con igual vigilancia (dice Llorente en su *Historia de la Inquisición*), defendía también todos los pasos que a su dormitorio conducían.

En una calurosa noche de Julio, se hallaba la sombría catedral de la Seo sumergida en un profundo silencio; algunas lámparas, colocadas a largas distancias, no alcanzaban ni aun a aclarar levemente la oscuridad del templo: en la grandiosa nave del altar mayor, ardían las del santuario, y los sacerdotes se disponían en el coro a rezar maitines.

Pedro de Arbués, envuelto en sus hábitos monacales, se hallaba de rodillas y orando fervorosamente ante el altar mayor; con la cabeza inclinada y las manos unidas; la noche era apacible y serena; un ruiseñor cantaba en la ventana de la cúpula, y enviaba sus dulces trinos al santuario.

De repente empezaron a salir de los confesionarios sombras negras y silenciosas, que se deslizaron a lo largo de las paredes; de las oscuras y solitarias capillas brotaron también parecidas sombras, y después de reunirse todas detrás del coro, se dirigieron con fatídico y cauteloso paso hacia el inquisidor, que oraba; rodeáronle súbitamente como una negra eulebra, y en tanto que una mano de hierro le sujetaba, otra le hirió en un brazo, y una tercera le descargó en la garganta un golpe mortal.

Eran los conjurados que habían entrado uno a

uno en la iglesia desde media tarde, escondiéndose en todos los rincones más oscuros del templo y esperando la ocasión propicia para atacar a Pedro de Arbués.

Cuando los canónigos acudieron, ya habían huido los asesinos, y únicamente llegaron para recoger el sangriento cuerpo del inquisidor y transportarle a su habitación, en la que sólo vivió dos días, bendiciendo a Dios porque le había concedido sellar tan justa causa con su sangre.

Terrible fué el escarmiento que se hizo con motivo de la muerte de Pedro de Arbués; sueltos los sabuesos de la Inquisición en la persecución de los delincuentes, perecieron doscientas personas en las llamas, y otro número mucho mayor en las prisiones del Santo Oficio; apenas hubo en Aragón una familia noble que no sufriese el dolor de ver a uno o más de sus individuos condenados a humillantes penalidades; los autores inmediatos del crimen perecieron todos ahorcados, después de haberles amputado la mano derecha, y uno de ellos que apareció como testigo contra los demás, bajo promesa de indulto, no obtuvo otra conmutación de la sentencia que el que le cortaran la mano derecha después de haber sido ahorcado; así era, dice Prescott, *como el Santo Oficio interpretaba sus promesas de gracia y de perdón*.

Entre las personas condenadas a la penitencia pública, se contó también D. Santiago de Navarro, sobrino del mismo rey de Castilla D. Fernando.

En cuanto al inquisidor, recibió todos los honores debidos a un mártir, y sus restos se enterraron en el sitio mismo en que había sido asesinado; según Páramo, cuando se llevó allí el cadáver de Pedro de Arbués, su sangre, que se había coagulado, humeaba y bullía con el hervor más milagroso; erigiósele un soberbio mausoleo, y debajo de su efigie se esculpió un bajo relieve que representaba su trágica muerte; dos siglos después, la Inquisición añadió el nombre de Pedro de Arbués al martirologio, teniendo lugar la canonización en el pontificado de Alejandro VIII en 1664.

D. Fernando mostró aún más empeño que su esposa en el establecimiento del odioso Tribunal del Santo Oficio, y pudo tener la triste satisfacción de sujetar al más pesado yugo que el fanatismo haya pedido inventar, la cerviz de un pueblo que hasta aquella época había gozado del más alto grado de libertad constitucional que haya presenciado el mundo.

XLV

Era ya llegada la hora en que se había señalado en el cielo una de las dos grandes empresas que llevaron a dichoso término Fernando e Isabel.

Fué el primero de aquellos dos hechos colosales, el poner fin a la dominación de los moros en España con la conquista de Granada y de casi toda la Andalucía. El segundo, el descubrimiento por Colón del Nuevo Mundo.

Hacia ya largo tiempo que Fr. Hernando de Talavera, confesor de la reina y anciano venerable por sus virtudes, persuadió a Doña Isabel de que debía emprender la conquista de Granada, llamada por los moros *El paraíso de España*; pero aquella empresa ofrecía dificultades casi imposible de superar; se necesitaban grandes caudales y un poderoso ejército; los moros constituían un pueblo fuerte, numeroso y riquísimo; sus plazas se hallaban bien guarnecidas y fortificadas; por otra parte, su valor había hecho ya inútiles muchas tentativas, prudentemente combinadas, de los monarcas antecesores a Doña Isabel; todas

estas consideraciones exponía la reina a Fr. Hernando de Talavera, quien constantemente respondía que Dios ayudaría sus esfuerzos y tomaría parte en la gloriosa obra.

La reina, acostumbrada a vencer siempre, no quería exponerse a ser vencida una sola vez, e iba aplazando la colosal empresa para época de mayores recursos.

Como si el cielo hubiera querido ayudar a los deseos del confesor, quedó vacante por entonces la silla de Salamanca, y Doña Isabel quiso dársela; pero Fr. Hernando la rechazó con humildad y firmeza.

—¡Y que!—exclamó la reina—algún tanto resentida *¿es posible que no habéis de querer obedecerme un día, de tantos como yo os obedezco?*

—Señora—replicó Fr. Hernando—*no he de ser Obispo hasta que lo sea de Granada.*

Doña Isabel quedó pensativa: semejante insistencia de parte de un varón tan santo y ejemplar, la parecía un aviso del cielo; así fué que desde entonces empezó a meditar secretamente y a tratar con el rey de los nuevos preparativos de guerra.

Los mismos moros ofrecieron la ocasión, faltando a las treguas ajustadas hacía dos años, y apoderándose de la villa de Zahara, propia de la corona de Castilla.

Al propio tiempo, se había introducido la discordia civil en el reino de Granada, como si Dios hu-

biera dejado caer el rayo de su ira sobre aquel pueblo infeliz.

Isabel, a pesar de tan favorables circunstancias, quiso caminar con plena seguridad en el asunto, e interpuso su influencia para pacificar la Italia, sirviendo de mediadora en la conclusión de un tratado entre el Papa, el rey de Nápoles y la república de Florencia: de resultas de estas negociaciones, el Pontífice agradecido, permitió a Fernando de Castilla que cobrase del clero un impuesto de cien mil ducados, y que publicase, a son de trompetas, una cruzada en sus reinos, según la cual, y por mandamiento del mismo Papa, todos súbditos debían concurrir, con sus personas o bienes, al buen éxito de la guerra sagrada.

Seguidamente, el rey marchó a Andalucía para reunir a sus capitanes y caballeros, y la reina se trasladó a Medina del Campo para reclutar las tropas de Castilla.

Pocos días después se recibió la noticia de la toma de Alhama; los moros, furiosos al ver pregonada la guerra, dieron una prueba de su loco y generoso valor, pasando a tomar una plaza fuerte y bien guarnecida, pero no sabían aún quién era la reina de Castilla: ésta volvió a vestir el casco y la coraza, y a la cabeza de un formidable cuerpo de ejército marchó a reunirse con su marido, sin pensar en que se hallaba en los últimos días de un embarazo.

A la llegada de Doña Isabel a Córdoba, donde

estaba el rey acampado, el entusiasmo penetró en todos los corazones; en aquella ciudad siguieron los reyes reclutando fuerzas; Doña Isabel auxiliaba a su marido con sus consejos, dignos de un Gran Capitán; visitaba diariamente el campamento, y en las repetidas escaramuzas de los moros se exponía a la vista de todos en los sitios del mayor peligro.

En la misma ciudad de Córdoba, dió a luz a su hija la infanta Doña María, no comprendiéndose cómo una persona tan delicada, al parecer, tuviese tan robusta salud y resistiese los azares de aquella belicosa existencia.

Abrióse al fin la campaña, no bien el estado de la reina lo permitió, en el año de 1482: en la primera batalla, D. Alfonso de Aguilar batió al ejército infiel, hizo prisionero a su joven rey Boabdil, que se hallaba al frente de los suyos, y le condujo al campamento de los reyes de Castilla,

XLVI

Hallábase D. Fernando en su tienda rodeado de todos sus capitanes, cuando entró el rey moro acompañado de D. Alfonso Aguilar y de una crecida escolta de soldados castellanos.

Los dos monarcas, el prisionero y el vencedor, se arrojaron mutuamente una mirada ansiosa, deseando conocerse pronta, rápida y profundamente.

Llegaba D. Fernando de Castilla a los treinta años, y, sin ser hermoso, su varonil apostura y acentuadas facciones le daban una apariencia majestuosa y afable a la vez; sus ojos vivos, móviles y perspicaces decían mucho más y más rápidamente que su boca, que hablaba siempre con madurez y quizá con demasiada lentitud; sentado en un sitial, y vestido de un túnico de raso púrpura con guarniciones de cisne, ceñida la cabeza con la corona real, Fernando de Castilla pareció al rey Boabdil un semí Dios, o acaso un trasunto de su venerado y querido profeta.

No había, sin embargo, comparación alguna entre el rey moro y el rey cristiano.

Todo lo que la belleza varonil tiene de más expresivo, todo lo que tiene de más dulce y majestuoso, se hallaba reunido en Boabdil, con una extrema juventud, pues apenas contaría los veintidós años.

De alta estatura, era esbelto como una de las palmeras de su rico y floreciente reino; alumbraban su cara morena dos grandes y bellos ojos negros, en los que se veía luchar la luz fúnebre del dolor con la luz de la juventud, uniendo así los dos resplandores más vivos de la vida.

Su barba negra y sedosa sombreaba su boca acarminada, pero contraída por una amarga expresión; su frente ancha y hermosa se parecía, bajo su turbante grana, recamado de oro fino, a uno de esos lagos tranquilos y puros, pero agitados por un soplo invisible; en tanto que miró al rey cristiano, pasaron dos o tres estremecimientos por la frente del rey moro; estremecimientos tan violentos y dolorosos, que fueron observados por todos los presentes.

Una túnica de lana blanca, y sobre ella una fina cota de malla y un alciuel, blanco también, componían el traje de Boabdil; sus babuchas se hallaban reemplazadas por unas fuertes botas de batalla.

Al entrar Boabdil en la tienda se levantó Don Fernando y dió dos pasos para recibirle, con aque-

lla cortesía inimitable que se hizo proverbial, que no se desmintió ni en los instantes más amargos de su vida, y le conquistó más voluntades que le hubiera podido conquistar, si la hubiera poseído, la bondad del corazón.

—Aquí me tienes, monarca cristiano, desarmado, vencido y sujeto a tí—dijo el rey moro con voz sonora: pero con tanta amargura, que hasta el duro corazón de D. Fernando se conmovió en su pecho.

—Seáis bien llegado a mi campo, señor—repuso el monarca castellano—, y nada temáis ni de mí ni de los míos. Vos seréis aquí nuestro huésped, y no nuestro prisionero.

Boabdil miró muy asombrado a D. Fernando.

—Acercáos—añadió éste—; sentáos aquí a mi lado; la reina y nuestra hija Isabel, que ya cuenta once años, vendrán pronto a participar de la ligera colación que voy a ofreceros, y a la que os acompañaré con mi familia; también cenará con nosotros el bravo D. Alfonso de Aguilar, a quien ha cabido el honor más envidiable que podía esperar de la guerra: el de haceros prisionero a vos, tan valeroso y denodado.

—¡Cómo!—exclamó Boabdil—, ¿así me tratas, cristiano? ¿Ignoras o has olvidado ya que soy tu enemigo?

—¡No es cosa que importe tan poco, que se pueda olvidar!—respondió D. Fernando.

—¿Sabes que te odio?

—Lo sé.

—¿Y hallas para mí palabras de benevolencia?

—Y de amistad, ya lo véis; nuestros prisioneros no son nuestros enemigos, éstos los buscamos en el campo de batalla; vos sois mi huésped, como ya he tenido el honor de deciros.

En aquel instante se oyó rumor en el campo. Un soldado alzó la cortina de la tienda y anunció:

—¡La reina!

—¡La infanta Doña Isabel!

Y a la luz de algunas teas que llevaban los soldados, pues empezaba a caer la del día, la reina de Castilla entró en la tienda, llevando de la mano a su hija.

El rey moro, que se había sentado en una pila de cojines, preparada al efecto para él, al lado de D. Fernando, se levantó, cruzó las manos sobre el pecho y saludó a la reina y a su hija con una profunda reverencia.

Doña Isabel le contestó con una afable cortesía.

La infanta le miró con terror.

—Ved aquí a mi esposa y a mi hija, señor—dijo el rey de Castilla—; esta es Doña Isabel I, esta la infanta.

—Ya conocía la grandeza de Doña Isabel I—dijo el moro—; su nombre va unido a todas las heroicas empresas de vuestro reino; lo que no conocía era su gran belleza, y, por Alá, me asombro de verla tan cumplida; recibe, señora, el homenaje de una

adoración que, no por venir de un infiel, como nos llamáis, deja de ser sincera y apasionada; hasta hoy había creído que mi sultana Moraima era la más hermosa de las mujeres, hoy me has demostrado que me engañaba y que hay quien la aventaja en hermosura.

—Conozco también la fama de la reina Moraima—repuso Doña Isabel con benevolencia—; sé que es tan hermosa como buena y que os ama con pasión; pero dejemos ahora recuerdos que os han de ser penosos, y cenemos.

A una señal de la reina presentaron algunos soldados una suntuosa mesa, espléndidamente servida; pero en vano el infortunado rey moro quiso, por contentar a sus huéspedes, probar alguno de los manjares con que los Reyes Católicos le brindaban; su dolor, su agitación, la amargura de que su alma estaba inundada, le impedían comer, y el infeliz Boabdil apenas pudo abrir la boca ni pronunciar palabra.

—Retirada la mesa, dijo cariñosamente D. Fernando al moro:

—Idos a descansar a vuestra tienda; mañana veréis cómo los reyes de Castilla obran con un príncipe valeroso, a la par que desgraciado, y digno de mejor suerte.

El rey moro saludó con profundo respeto, y se retiró seguido de dos capitanes del ejército de Don Fernando.

Ninguna escolta le acompañó ni quedó centinela

alguno a la puerta de la suntuosa tienda que se le había hecho preparar.

Pero el mismo rey y seis de sus más valerosos capitanes velaron toda la noche alrededor del aposento de guerra del real cautivo, que pasó todas sus horas llorando, suspirando y maldiciendo su aciago destino.

XLVII

Apenas la aurora derramó su primer rayo en el Oriente, cuando la reina se sentó con su esposo delante de una mesa en la que se hallaba extendido un pergamino, y junto a él la caja de los sellos del reino.

Iba a redactarse un tratado.

En los breves instantes de descanso que se había permitido D. Fernando, había estado discutiendo con su esposa, que tampoco había cerrado los ojos, los puntos más importantes de la decisión que ambos debían tomar respecto del rey moro, cautivo en su poder.

Os repito, señora—dijo el esposo—continuando una conversación de muy atrás empezada, que esas condiciones son demasiado benignas.

—¡Dios mío! exclamó la reina alzando al cielo sus hermosos ojos, a la sazón humedecidos por algunas lágrimas; ¿creéis que las condiciones que propongo son demasiado benignas? ¿Qué más queréis de él?

—¿Váis a abogar acaso por ese príncipe que ha

usurpado el trono a su padre? observó el rey asombrado.

—Tiene una esposa joven y desgraciada, y tiene hijos—murmuró Doña Isabel—; si ha sido culpable, harto castigado está con su desventura; no le impongáis ya más duras condiciones que aquellas en que hemos convenido.

—Sea en buena hora, repuso D. Fernando, aun con ella caerá en nuestro poder.

—Sí, exclamó la reina, a cuyas blancas mejillas subió el vivo color de entusiasmo, yo estoy convencida de que, sin ejercer crueldades, la cruz de Cristo flotará muy pronto en todas las torres de la feráz Andalucía.

—¡Dios lo haga!—dijo el rey alzando al cielo una mirada clemente; después volvió a fijar la vista en el pergamino que se hallaba extendido en la mesa; hizo una señal, y un paje apareció a la puerta de la tienda.

—Decid al Gran Cardenal y al padre Talavera que los esperamos—ordenó la reina.

El paje salió, y un instante después entraron los dos sacerdotes.

—Ved el tratado, dijo el rey—sacando de su escarcela otro pergamino y mostrándolo al Cardenal—si no puede ilustrarnos vuestra sana razón acerca de algún punto importante, si lo halláis conforme a la dicha y al porvenir de nuestros reinos, extendedlo aquí.

El Gran Cardenal leyó el tratado; por él se daba

libertad al rey moro, exigiéndole las condiciones siguientes:

Que había de reconocer como soberanos a los reyes de Castilla.

Que había de pagar anualmente un tributo de doce mil ducados.

Que había de dar libertad a cuatrocientos esclavos en el término de cinco años.

Que, como prenda de esta condición, dejaría en rehenes, y en poder de los reyes de Castilla, a su hijo mayor, y a doce doncellas moras de la primera distinción y nobleza.

—Señora, señor, dijo el Cardenal después de leídas las condiciones; nada ni nadie puede igualar a vuestra sabiduría; dejad en libertad a Boabdil de ocupar el trono que ha surpado a su padre; bien cara le hacéis pagar su breve estancia en él, porque muy pronto ese trono vacilante caerá, y le arrastrará en su caída.

—Así lo esperamos, observó el rey; por lo tanto, copiad el tratado, y el rey moro lo firmará al instante, para volverse a su campo.

En efecto; una hora después el joven Boabdil firmaba aquel vergonzoso tratado, llevando impresas en sus bellas facciones una profunda expresión de gratitud.

Aquel mismo día volvió a Granada, y los reyes de Castilla empezaron a distribuir mercedes con mano pródiga.

Don Alfonso de Aguilar, que había traído preso

al rey moro, fué paseado en triunfo por la ciudad de Córdoba, yendo el rey a su lado y señalándole nuevos blasones para su escudo.

A cada uno de los nobles que se había distinguido en aquella primera batalla dada a los infieles, se concedió un título, un aumento de renta, o alguna señalada merced.

Dióse una segunda batalla, y el marqués de Cádiz, ardiendo en noble emulación y no queriendo ser menos que D. Alfonso de Aguilar, marchó al frente del ejército castellano que recuperó a Zahara: a su vuelta, y después de mil públicos regocijos, fué nombrado duque, y agraciados todos sus compañeros de armas con nuevos honores, pues Doña Isabel quería a toda costa conquistarse el amor y ardimiento de sus súbditos para la colosal empresa que ya habían acometido.

XLVIII

Doraba el sol con sus últimos rayos las palmeras y los limoneros que aromaban la vega de Granada, cuando Boabdil, escoltado por una parte del ejército castellano, llegó a las puertas de su ciudad querida.

Cerradas se hallaban y bien fortificadas en su interior con una numerosa guardia de peones moros; llamó uno de los soldados con el pomo de su recia espada, y una voz respondió:

—¿Quién va?

—¡Abrid al rey!—respondió Boabdil.

Abrióse, en efecto, una estrecha poterna, y la bella figura del rey apareció a los ojos de los soldados moros, que dejaron escapar un grito de alegre asombro.

—Decid al rey, vuestro señor—dijo Boabdil a los castellanos—, que jamás olvidaré su generosidad, y que pido a Alá por su ventura y por la de toda su familia.

Dichas estas palabras, el rey de Granada entró y la poterna se cerró tras él.

Ya en la ciudad, puso su caballo al trote y se dirigió a la Alhambra, que era donde habitaban la reina Moraima, su esposa, y sus cuatro hijos.

La sultana Aixa (*la Honesta*), madre del rey, habitaba el suntuoso palacio del Generalife.

Cuantas personas veían al rey por la calle daban gritos de gozo y le seguían; rodeado de hombres, mujeres y niños llegó a su morada y se apeó a la puerta, dejando su caballo a una turba de palafreros y esclavos moros, que salió en tropel de los patios al oír confusamente las aclamaciones con que se recibía la inesperada vuelta de su monarca.

A pesar de tantas demostraciones de lealtad y de cariño, en el semblante de Boabdil se veía impresa una tristeza mortal.

Subió lentamente la escalera de mármol, ocupada por su guardia negra y alfombrada con magníficos tapices de Oriente, recamados de oro y seda; en cada descanso, sostenido por ligeras y delgadas columnas de jaspe, ardían perfumes en braseros de plata; la guardia del rey, apoyada en sus picas, se asemejaba a un cordón de ébano y escarlata, y todos aquellos rostros atezados parecían respirar una lealtad ciega y feroz.

Lanzas y cabezas se inclinaban al paso del joven monarca, que, sombrío y meditabundo, siguió subiendo hasta llegar al soberbio vestíbulo, adornado de macetas y arrayanes y poblado de servidores.

Boabdil pasó por allí, silencioso siempre como la estatua de la desesperación; cruzó algunas antecámaras y abrió al fin la puerta de una estancia que parecía habitada por la diosa del placer y de la belleza.

Más semejante a una hada que a una mujer era, en efecto, la celestial criatura, que, recostada en ricos almohadones de raso azul bordados de oro, se hallaba bajo una de las ventanas o ajimeces de la cámara.

No contaba la gentil Moraima, que tan delicadamente ha cantado Zorrilla en su *Poema de Granada*, diez y siete años todavía, y era ya madre de cuatro niños; hija de un rico señor de Alhama, se había hecho dueña del corazón y del trono de Boabdil a los doce años; el rey, ciegamente enamorado de Moraima, no pensaba en ninguna otra mujer, y su serrallo era inútil desde hacía largo tiempo.

La reina de Granada justificaba completamente aquel amor, a la vez casto y ardiente, inmenso y fiel y semejante, por el hecho de ser tan grande, al amor del esposo cristiano.

Buena y dulce como una paloma, había llevado desde la cuna el nombre de la *Azucena de Alhama*; en el amor de Boabdil veía su vida, su presente y su porvenir; con él hubiera habitado el más espantoso desierto, sin él hubiera rehusado hasta el paraíso del Profeta, bello y único sueño de los hijos de Islam; habíale sacrificado padre, hermanos, hermanas, y le hubiera sacrificado sus hijos si

Boabdil le hubiera ordenado que los abandonase y le siguiese.

Ningún desgraciado contó a la reina de Granada sus penas sin que fuese consolado; inmensas sumas pasaban de sus manos a las de los pobres esclavos, de las madres desventuradas, de los ancianos menesterosos; muchas veces, a la aurora, se veía descender de la Alhambra a una sombra blanca y perderse en las tortuosas calles de la ciudad, seguida de lejos por un eunuco negro: esa sombra era Moraima, la amada del sultán, que iba a socorrer ignoradas miserias, a visitar a los enfermos, a consolar ajenos dolores.

Hablando de su belleza física, sería necesario agotar el vocabulario usual, para dar de ella una idea leve o aproximada.

Moraima no tenía ni los cabellos negros ni los ojos de fuego de las hijas de Oriente: rubia, blanca, aérea y gentil como la sombra que flota en los sueños de un adolescente; sus rasgados ojos azules, llenos de luz y de cambiantes, eran más dulces, pensativos y elocuentes que las más hermosas pupilas negras; luengas pestañas de obscura seda orlaban aquellos ojos *claros y serenos*, según la feliz expresión de Gutierre de Cettina.

Como una lluvia de oro caía su cabellera, rubia y rizada, sobre su frente, espalda y hombros en menudos rizos y gruesos anillos, reuniéndose después en apretadas trenzas, que, como áureas cadenas, la abrumaban con su peso.

Moraima reía pocas veces y lloraba muchas; los labios de encendido coral son los formados para la risa, y no los que ostentaba el delicado matiz de la rosa: los de la esposa de Boabdil se asemejaban al primer capullo de Mayo, y dejaban ver dos sardas de perlas, tan pequeñas como el aljófara, cuando una melancólica sonrisa los entreabría.

Tal era Moraima; ángel por el alma y por el cuerpo, su espíritu claro y luminoso veía a través de los densos velos del porvenir, y parecía como que lloraba sobre la próxima ruina del hombre que lo era todo para ella en la tierra.

Su traje era el más ostentoso que una hija de Islam pudiera usar: las perlas, el oro y los rubíes esmaltaban su túnica, que dejaba descubierto sus pies de niña, calzados con babuchas de escarlata bordadas de oro y perlas; un corpiño de terciopelo azul se abría en su casto seno y dejaba ver una camiseta de gasa blanca, cerrada con botones de esmeraldas; innumerables vueltas de perlas y brillantes ceñían su cuello de cisne y caían hasta su cintura; una banda de seda se anudaba holgadamente en su talle, y un velo de gasa, con arabescos de oro, mezclaba sus ligeros pliegues a su riquísima y sedosa cabellera; ajorcas de oro, tachonadas de rubíes y zafiros, ceñían la garganta de sus pies diminutos y sus brazos desnudos, que parecían modelados por los de la hermosa Hebe, y, sobre todo esto, ostentaba el velo impalpable de la juventud, de la poesía, del sentimiento y del amor.

A pocos pasos de la reina se hallaban sus hijos; el mayor contaba cuatro años: era el desgraciado niño destinado a los rehenes que pedían los reyes de Castilla; una niña de tres jugaba con su hermano; otros dos, que contaban pocos meses, se hallaban en los brazos de sus nodrizas, dormitando el menor, casi recién nacido, y mirando el otro cómo saltaba el agua en una fuente de alabastro colocada en el centro de la estancia, y que se asemejaba a una gigantesca concha llena de flores de los más vivos matices.

Como imponente sombra de este luminoso cuadro había en la estancia otra persona: la sultana Aixa, madre de Boabdil y esposa de su padre Muley Hassem, que la había repudiado para casarse con la cristiana Isabel de Solís.

¿Quién no sabe la historia de dolores que tuvo lugar en el seno de la familia de los últimos reyes moros de Granada?

Por si alguna de mis lectoras lo ignora, o lo ha olvidado, voy, sin embargo, a hablar, aunque sea ligeramente, de esa historia de lágrimas, lágrimas que minaron la grandeza del imperio musulmán y derribaron el trono de Boabdil.

Muley Hassem, padre de este último monarca, casó muy joven con la hermosa Aixa, llamada *La Horra*, es decir, *La honesta*, y le dedicó por muchos años un profundo amor. Aixa le dió dos hijos, de los cuales era el mayor Boabdil, y el segundo el infante Aben Alhagete.

En una de las *algaras*, o correrías, que habían hecho los moros por la frontera, habían apresado a una doncella de la más rara hermosura, hija del comendador Sancho Jiménez de Solís, alcaide del pueblo de la Higuera de Martos.

Esta joven, llamada Isabel y que apenas llegaba a los diez y seis años, fué llevada a la corte y presentada al monarca granadino, que quedó prendado de ella y la mandó aposentar en palacio.

Aixa, enamorada y suspicaz, comprendió al instante lo que pasaba en el corazón de su esposo, y que estaba perdida, porque la cautiva formaba con ella el más completo contraste.

En efecto: ella era altiva y varonil, Isabel de Solís débil y delicada; ella era dominante, Isabel dulce y humilde; su género de belleza difería del mismo modo que su carácter. Isabel era blanca como el nácar y tenía las pestañas largas, los cabellos negros, los ojos llenos de dulzura; además, se hallaba aún dotada de ese poderoso encanto de la adolescencia, y Aixa llegaba ya a la edad madura, era casi atezada, alta y corpulenta.

El rey moro, ciegamente enamorado de Isabel de Solís, resolvió repudiar a su esposa y elevar a la cautiva a su tálamo y a su trono; e Isabel, seducida por el esplendor de la corona y del solio, y quizá amando al rey, consintió en abjurar su religión y en adoptar la ley del Profeta, sin calcular que la Divina Providencia, a quien ultrajaba, iba

a abrir a sus pies un abismo insondable que tragara su anhelada grandeza.

Isabel, en el momento que renegó, tomó el nombre de Fátima Zoraida (lucero de la mañana), se desposó con el rey y se sentó en el trono de Granada.

Imposible es dar una idea aproximada del dolor, de la rabia de la esposa repudiada. Aixa, retirada en Darlaroca, vagaba por los aposentos reales como una tigre enjaulada; en pocos días, y ayudada de sus parientes y deudos, los zegríes, que constituían una de las tribus principales del reino, sublevó a la mayor parte de la nobleza mora, y durante una salida del rey hizo proclamar a su hijo Boabdil, después de llevarle a altas horas de la noche a la alcazaba, donde fué aclamado rey de Granada.

Sin embargo, no disfrutó por entonces Boabdil de la corona; un hermano de su padre, llamado *el Zagal*, vino a disputársela, y se la apropió después de derramarse mucha sangre, enviando a su hermano Muley Hassem, con la desdichada Isabel y los dos hijos de este segundo enlace, al castillo de Salobreña, en donde encerró a toda esta desgraciada familia.

Tal fué el fruto de la venganza de Aixa, que perdió a su esposo, sin lograr, al menos por entonces, el engrandecimiento de su hijo.

En cuanto a Isabel de Solís, su dicha fué breve, y sus amarguras muy largas y muy terribles, en justo castigo del ultraje hecho a la religión y a la Providencia.

El Zagal se apoderó del reino, y así que ciñó a sus sienas la corona, rodeó a su sobrino Boabdil de todos los encantos del amor y del lujo, arregló sus bodas con Moraima, y el guerrero infatigable se aprestó a hacer frente a los Reyes Católicos y a defender a sangre y fuego el trono usurpado a su infeliz hermano.

Pero Aixa no era mujer que se conformase con ver a su hijo vegetar en la voluptuosidad y en el ocio; desesperada porque su cuñado era quien se había aprovechado de la venganza de su repudio, abrumaba a Boabdil de reconvenciones; pero éste, encerrado en la Alhambra con su joven esposa, saboreaba todas las dulzuras del amor, sin pensar en los estragos a azares de la guerra.

No obstante, algunos altercados y desavenencias con sus walíes, arrojaron al *Zagal* a un extremo lamentable; de carácter violento e irreflexivo, vió con honda saña que su sobrino, movido por las reconvenciones de su madre, reunía un cuerpo de ejército para marchar contra los cristianos, convocó a algunos de sus partidarios, y partió al campamento de D. Fernando y Doña Isabel para ofrecerles su hueste y su persona.

Semejante acción, digna de un loco, arrancó la corona de sus sienas.

El pueblo se agolpó a las puertas de la Alhambra, y sacó a Boabdil en triunfo, proclamándole de nuevo su rey y señor.

Tales fueron las hazañas de Aixa, y ésta era la mujer que, como sombra del bello cuadro que ofrecían Moraima y sus hijos, se hallaba al otro extremo de la estancia ocupada por éstos.

Era la madre del rey, como ya queda dicho, una mujer de alta y corpulenta estatura; su tez bronceada y sus grandes ojos le daban un aspecto duro y casi salvaje.

Había en su fisonomía señales de una notable hermosura; pero esta hermosura aparecía adusta y fiera; las penas habían dejado en sus facciones un sello amargo, acerbo y completamente opuesto a la dulce expresión que resaltaba en la pura belleza de Moraima.

Al aparecer Boabdil en la puerta de la cámara, tendió por ella una mirada amorosa y triste, que fué a fijarse desde luego en Moraima, y pasó luego a su madre.

Su esposa dió un grito, y corrió a suspenderse de su cuello.

Aixa se levantó también, pero permaneció, sin

adelantar un paso, mirando severa y friamente a su hijo.

—¡Estoy libre, Moraima! ¡Estoy en libertad, madre mía!—dijo el rey—. Ya no me separaré de vuestro lado.

—¡Gracias, poderoso Alá!—exclamó la joven reina, alzando al cielo los ojos y abrazando de nuevo a su marido.

—¿Con qué condiciones has alcanzado tu libertad?—preguntó Aixa frunciendo sus negras cejas.

—¡Ay, madre mía!—repuso el rey—. Muy dolorosas son, pero...

—Dí más bien que son muy vergonzosas—exclamó la altiva sultana—; esta es, sin duda, la palabra que más les conviene.

—¡Oh, madre mía! Siempre te has mostrado conmigo por demás severa—murmuró Boabdil, en tanto que sus negras pupilas se humedecían a pesar de sus esfuerzos.

—¡Es libre!—exclamó con efusión Moraima—. Lo demás, ¿qué importa? Quédense los reyes cristianos hasta con su corona, y déjenle la vida y la libertad. ¡Aun así los bendeciría yo!

—¡Tú puedes hablar de ese modo—repuso Aixa, cuyas mejillas pálidas se cubrieron de un arrebatado carmín—; tú, la débil hija de Alhama; la blanca azucena, como te llaman los moros; pero yo tengo el aliento varonil y no concibo la vida sin gloria, ni que exista sin trono el hombre que ha nacido para ocuparlo! ¿De qué me ha servido

haber arrancado a tu esposo de la inercia en que yacía, si ahora va a caer de nuevo en ella? ¿Pienzas que es amarle, aconsejarle lo que llamas tranquilidad, y que no es otra cosa que la ociosidad que le adormece a tu lado?

—Por Alá, señora, espera para reconvenir a Boabdil tan duramente, a que nos muestre el tratado que ha convenido con los reyes cristianos—dijo la joven reina—. Y tú, esposo mío, muéstralo, para ver si desarmas con él las iras de tu madre.

El rey sacó el tratado de su escarcela; su mano temblaba al extenderle ante los ojos de la altiva sultana.

Esta lo recorrió con la vista, y en sus ojos se encendieron nuevas y más terribles llamas de furor; en verdad, las bases del tratado no eran para tranquilizar a aquella naturaleza casi salvaje, y las concesiones de Boabdil eran tan humillantes para él, que no podía ocultarse su deshonra ni aun a otros ojos menos perspicaces que los de Aixa.

—¡Qué veo!—exclamó—. ¡Has prometido reconocer por soberanos a los reyes cristianos! ¡Has prometido un tributo! ¡Has prometido libertar esclavos y dejar en rehenes de esos descreídos, no sólo a doce doncellas moras, sino también a tu propio hijo!...

Un grito penetrante de Moraima terminó aquellas palabras; al ver el peligro del niño, la madre ocupó el lugar de la esposa; corrió hacia su hijo y le abrazó con pasión.